

los ojos *El Viejo Elbæuf* trastornado, vencido por *La Dicha*, y la vision de su tío entrando allí enfrente y paseando de corbata blanca, la apretó el corazon.

—Vamos, Dionisia, hija mia, ¿es posible eso?— decia él cruzando sus manos temblorosas.

—¡No, no, tío mio!— exclamó ella en un arranque de su corazon;— sería mal hecho... Perdonadme...

Él paseó de nuevo con su paso tardo que llenaba el fúnebre vacío de la casa. Cuando Dionisia se fué, seguía en aquel andar terco de las grandes desesperaciones.

Dionisia tuvo insomnios aquella noche. Tocaba de cerca su impotencia. No encontraba consuelo para los suyos; debía asistir hasta el fin á aquella renovacion de la vida por medio de la muerte. Aceptaba aquella lucha, pero su corazon de mujer se llenaba de bondad y de lágrimas por la humanidad que sufría. Hacía años que ella misma estaba cogida por los engranajes de la máquina. ¿No habia sangrado? ¿No la habian martirizado y azuzado con injurias? Aun al presente se espantaba de verse entre los escogidos por la lógica de los hechos. ¿Por qué habia sucedido esto siendo tan poca cosa ella? ¿Por qué su pequeña mano pesaba tanto en la tarea del monstruo, cuyo empuje la arrastraba cuando su presencia allí debía ser una ayuda para los otros? Mouret habia inventado aquel mecanismo para tragar gente; mecanismo cuyo funcionar brutal la indignaba. Habia sembrado de ruinas el barrio, despojando á los unos, arruinando á los otros, y ella le amaba por la grandeza de su obra, y más aumentaba su amor á cada exceso de su poder, á pesar de la ola de lágrimas que la ahogaba ante la sagrada miseria de los vencidos.

## XIII

La calle del Dix-Décembre, recién abierta, con sus casas de deslumbrante blancura y andamios aún no desmontados, se templaba bajo el claro sol de Febrero. Pasaba una oleada de carruajes como tren conquistador á través de aquella faja luminosa que cortaba la oscuridad húmeda del viejo barrio de Saint-Roch. Entre la calle Michodière y la de Choiseul se agolpaba la multitud, conmovida con un mes de reclamos, con los ojos asombrados y pasando varias veces ante la monumental fachada de *La Dicha de las Damas*, que aquel lunes se inauguraba, juntamente con la gran exposicion de lencería.

Era aquello como una arquitectura policroma fundida en oro que anunciaba el estrépito y brillo del tráfico interior, deslumbrando como un escaparate inmenso en que hirviesen todos los colores. En la planta baja y para no eclipsar las telas expuestas, el decorado era sobrio: un basamento de mármol verde mar. Los pilares de ángulo estaban cubiertos de mármol negro, cuya severidad se templaba con cañas doradas, y el resto con cristales sin emplome que descubrian el fondo de las galerías á la vista exterior. Á medida que subian los pisos eran más vivos los colores. El friso del piso bajo se desenvolvía en mosaicos y guirnaldas de flores rojas y azules, alternadas con planchas de marmol, sobre las que se veian grabados los nombres de las mercancías hasta el infinito, ciñendo al coloso. Más arriba, en el basamento del primer piso, brillaban tambien los espejos hasta el friso, sembrado de escutones dorados con las armas de ciudades francesas, y detalles de barro cocido cuyo tallado repetía las flores del basamento. En la parte superior reaparecian los mosaicos y *faïences* con tonos más vivos: el zinc se retorcia y doraba sosteniendo un pueblo de estatuas representando las ciudades industriales y recortando sus líneas escultóricas en pleno azul de cielo. Los curiosos se dete-



nian, sobre todo, ante la puerta central, alta como un arco de triunfo, ornamentada con profusion de mosaicos y de barro cocidos, todo coronado por un grupo alegórico cuyo dorado destellaba: la Fama rodeada por una nube de amorcillos.

Á eso de las dos, tuvo que intervenir un piquete de agentes para restablecer la circulacion. El palacio en que reinaba el gusto despilfarrador de la moda, estaba hecho, dominando y cubriendo al barrio con su sombra. La herida hecha en su costado por la demolicion de la casuca de Bourras estaba cicatrizada; en vano se hubiera buscado aquella verruga. Las cuatro fachadas corrían al largo de las cuatro calles sin solucion de continuidad, con un aislamiento soberbio. En la opuesta acera, y despues de la retirada de Baudu, se habia cerrado *El Viejo Elbauf* como una tumba que no se abre jamas. Las ruedas de los coches la arañaban y los carteles la cubrian, como una ola de publicidad que era la última paletada de tierra que caía sobre el viejo comercio. Sobre aquella fachada muerta descollaba un inmenso cartel amarillo, que anunciaba con letras de á vara la gran exposicion de *La Dicha*. Parecía que el coloso, despues de engrandecerse, sentía ascos por el barrio en que modestamente habia nacido, le volvía la espalda y presentaba su rostro de advenedizo al nuevo París. Al presente aparecía tal como le mostraban los grabados de los carteles, como el ogro del cuento, que sostenía los cielos con sus hombros. En el primer término de estos grabados aparecían las calles de Dix-Décembre, Montigny y Michodiére, llenas de negras figurillas, y como abriendo paso al mundo entero. Luégo el edificio, con sus techumbres á vista de pájaro marcando las galerías, los patios acristalados, todo el panorama de zinc y cristal brillando á la luz del sol. Más lejos se extendía París, pero París devorado por el monstruo: las casas, humildes como chozas á su lado, se desvanecían en polvareda de chimeneas. Los monumentos se señalaban apénas: á la izquierda, en dos rasgos, Nôtre-Dame; á la derecha, y como un acento circunflejo, los Inválidos, y en el fondo el Panteon como medroso y perdido. El horizonte sólo era una lejanía desdeñada, hasta las alturas de Chatillon y la campiña indicando la servidumbre.

Desde por la mañana aumentaba la concurrencia. Ningun otro almacén habia conmovido con semejante estruendo de publicidad. *La Dicha* gastaba al año ya cerca de seiscientos mil francos en carteles, anuncios y reclamos de todo género; el número de catálo-

gos repartidos subía á cuatrocientos mil, y ascendía á más de cien mil francos el valor de las telas gastadas en muestras. Se invadían definitivamente los periódicos, las paredes y los oídos del público, como si una trompeta inmensa llevase á los cuatro vientos el estrépito de las grandes ventas. La nueva fachada, ante la que todos se agolpaban, era como el reclamo final con su lujo chillón de bazar, sus amplios escaparates en que se exponía el precio de la *toilette* de la mujer, sus muestras infinitas pintadas, grabadas, talladas, desde los mármoles de la planta baja hasta los gallardetes que en el tejado llevaban el nombre de la casa recortado en la tela. Para festejar la inauguracion se habian añadido trofeos y banderas: cada piso estaba empavesado con estandartes llevando las armas de ciudades francesas, y en lo alto los pabellones extranjeros se movían en pleno cielo.

Abajo, y en todos los escaparates, la exposicion de lencería tomaba un tono blanco irresistible. Todo de este color: un *trousseau* completo y una montaña de sábanas á la izquierda, cortinas y pirámides de pañuelos á la derecha. En la puerta, piezas de hilo, algodón y muselinas que semejabán avalanchas de nieve. Sobre ellas, dos maniqués de tamaño natural, vestidos con sedas y encajes, sonreían con sus labios pintados. El círculo de los vagos aumentaba contribuyendo á encender el deseo en la multitud.

Acrecía la curiosidad en torno á *La Dicha* un siniestro del que hablaba todo París: el incendio de *Las Cuatro Estaciones*, el nuevo almacén fundado por Bouthemont, hacia tres semanas, cerca de la Ópera. Los periódicos hervían en detalles. El fuego se produjo á media noche, por un escape de gas, huyendo las oficiales en camisa; se comentaba el heroísmo de Bouthemont, que habia salvado personalmente á cinco; pero las pérdidas se habían cubierto y la gente empezaba á encogerse de hombros, diciendo que el reclamo era estupendo. Por el momento, *La Dicha* reclamaba la atención, presa todo el mundo de la fiebre que producía aquel bazar que tan gran espacio ocupaba en la vía pública. ¡Qué suerte la de aquel Mouret! París saludaba la nueva estrella, corriendo á ver su triunfo, que el incendio del otro aumentaba; se calculaba la ganancia de la temporada y la parroquia que el fuego en casa de Bouthemont le llevaría. Mouret tembló un momento sintiendo frente á él á aquella Enriqueta Desforges, á la que debía en cierta medida su fortuna. El diletantismo financiero del Baron, que mezclaba su dinero en los dos negocios, le inquietaba un poco. Le



irritaba no haber pensado ántes que Bouthemont en lo siguiente: este vividor había hecho bendecir sus almacenes por el párroco de la Magdalena, seguido de todo su clero; ceremonia asombrosa, paseo religioso desde la guantería á la seda, mezclando á Dios entre los corsés y los pantalones de mujer. Todo lo cual no había impedido arder el almacén; pero valía aquello un millón de anuncios por el efecto producido en la clientela. Mouret empezó á pensar en llevar al arzobispo.

Dieron las tres en el reloj que coronaba le puerta principal. Los compradores se ahogaban en las galerías en número de más de cien mil. Fuera estacionaban los coches de uno á otro extremo de la calle de Dix-Décembre, y del lado de la Ópera, otra espesa masa ocupaba el sitio de la futura avenida. Coches de alquiler junto á cupés de lujo; cocheros que hablaban junto á las ruedas; filas de caballos que relumbraban. Las hileras se rehacían sin cesar á los llamamientos de los lacayos, y nuevos coches traían contingente nuevo. Los peatones andaban azorados, y las aceras estaban negras de gente hasta perderse de vista. Surgía clamor extraño entre las blancas casas, y aquella ola humana andaba con murmullo suave que parecía una gigantesca caricia.

La señora de Boves y su hija Blanca, acompañadas de la de Guibal, miraban un escaparate de trajes á medio hacer.

— ¡Mirad! — dijo. — Trajes por diez y nueve francos setenta y cinco céntimos...

Los trajes estaban plegados sobre los cartones, de modo que sólo mostraban las guaniones, bordadas de azul y rojo. En el ángulo de cada caja, un grabado representaba el traje hecho, llevado por un figurín con aires de princesa.

— No valen gran cosa — murmuró la de Guibal; — cuando se toman en la mano no son más que retazos.

Eran amigas íntimas desde que la gota había clavado á Boves en una butaca. La mujer sufría á la querida, prefiriéndola en casa, porque esto la producía ciertas sumas que el marido se dejaba robar, sintiéndose necesitado de indulgencia.

— Entremos — dijo la de Guibal. — Hay que ver la exposicion. ¿No os ha citado dentro vuestro yerno?

La de Boves no contestó, absorta ante la fila de coches que pasaban y dejaban á sus amos, unos detras de otros.

— Si — dijo Blanca con su voz suave; — Pablo vendrá á buscarlos á las cuatro á la sala de lectura, cuando salga del Ministerio.

Se habían casado hacía un mes, y despues de una licencia de tres semanas, había vuelto Vallagnosc á su puesto. La jóven tenía ya el aspecto de su madre, y el matrimonio la había engruesado.

— Allá abajo está Mme. Desforges — dijo la Condesa fijándose en un cupé que llegaba.

— ¿Ella? — murmuró la de Guibal. — Á pesar de todo lo que se ha dicho... Aun estará llorando el incendio de *Las Cuatro Estaciones*.

Era Enriqueta, en efecto. Vió á las señoras y se adelantó alegremente, ocultando su decepcion bajo sus maneras de buen tono.

— He querido enterarme de esto; más vale saberlo por mi misma. ¡Oh! áun somos buenos amigos Mouret y yo, por más que dicen que está furioso desde que me interesé por la casa rival. Por mi parte, sólo tengo que reprocharle que haya precipitado el matrimonio de José con mi protegida la señorita de Fontenailles.

— ¿Es cierto? — interrumpió la de Boves. — ¡Qué horror!

— Si, amiga mia. Lo ha hecho por tener el gusto de decirnos que las señoritas de nuestra clase sólo sirven para los mozos de su almacén.

Enriqueta se animaba. Estaban las cuatro en la acera sufriendo los empujones; pero poco á poco las envolvió la ola, y dejándose llevar, pasaron la puerta como en volandas y hablando alto para entenderse. Se preguntaban por la de Marty, y decían que su marido, despues de grandes disgustos domésticos, había dado en la manía de las grandezas, creyendo sumergirse en minas de oro y cargando á cestos los diamantes y las pedrerías.

— ¡Pobre hombre! — añadió la de Guibal. — Siempre tan humilde, tan bueno... ¿Y su mujer?

— Ahora devora á un tío suyo — contestó Enriqueta; — un infeliz viudo que se fué á vivir con ella despues de enviudar... Debe haber venido hoy.

Las señoras se quedaron suspensas. Delante de ellas estaban los almacenes más grandes del mundo, como decían los carteles. La gran galería central iba desde la calle del Dix-Décembre hasta la Neuve-Saint-Augustin, y á los lados, como naves de iglesia, las galerías Monsigny y Michodière, paralelas á estas calles. De trecho en trecho se ensanchaban en patios acristalados, bajo la armadura metálica de las escaleras de caracol. Se había variado la disposicion interior: ahora estaban los retales sobre la calle



del Dix-Décembre, la seda en el centro y la guantería ocupaba el fondo del patio Saint-Augustin. Desde el nuevo vestíbulo de honor, al levantar la vista se veía la lencería, ocupando todo el segundo piso. Las secciones eran ya cincuenta, muchas inauguradas aquel día, y otras que habían sido simplemente divididas para facilitar la venta. Ante aquel continuo desarrollo, había habido que aumentar el personal hasta tres mil cuarenta y cinco empleados.

Las señoras se paraban ante la gran exposición de lencería. En el vestíbulo se detenía la gente ante los escaparates con rebaja. Las galerías se fundían en aquella brillante blancura, inmensa como una llanura de nieve, desenvolviéndose hasta lo infinito en los espejos alumbrados por el sol. La lencería seguía en los escaparates exteriores, más viva aún. Todo era allí blanco; una inundación de lienzo. La vista se acostumbraba al fin; á la izquierda, la galería Monsigny mostraba promontorios blancos de sábanas, pañuelos y servilletas, mientras á la derecha, la galería Michodiére, ocupada con la mercería, estaba cubierta con calcetines y muleton blanco alumbrado con un golpe de luz. Pero el foco estaba en la galería central, en las cintas, los *fichús*, la guantería y la seda. Sus mostradores desaparecían bajo el blanco de estos géneros. Las columnas subían rodeadas de muselinas tramadas de *foulards*, y las escaleras guarnecidas de colchas de piqué que subían hasta el piso segundo, y esta orgía de blanco subía y se perdía como una bandada de cisnes. Caía de los techos como lluvia de plumas ó cascada nívea, en largos copos: colchas blancas y cubre-piés del mismo color flotaban en el aire como pendones de iglesia: anchas fajas de guipures iban de lado á lado como alas de gigantescas mariposas: los encajes asomaban por todas partes, flotando como las tocas de la Virgen sobre un cielo de verano. El altar de aquella religión de lo blanco estaba en el patio central, y era un pabellón, hecho con cortinones blancos suspendidos de la marquesina. Las muselinas, las gasas, los guipures, corrían en ondas ligeras, mientras los tules bordados y las piezas de seda oriental, sembradas de plata, servían de fondo á aquella ornamentación gigantesca que tenía algo de tabernáculo y de alcoba. Asemejábase á un gran lecho blanco que parecía esperar, como en las leyendas, á la princesa que debía llegar con el velo blanco de las desposadas.

—¡Extraordinario!—decían las señoras.—¡Inaudito!

No se cansaban de aquel himno en blanco que entonaban todas las piezas de la casa. Mouret no había hecho hasta entonces nada igual: aquel era un golpe maestro. Entre el aparente desorden de las telas salidas como al azar de las cajas, había notas armónicas que nacían y se desenvolvían como una instrumentación complicada. Todo era blanco, y sin embargo, un blanco completaba otro, llegando á brillar como la misma luz, empezando en el blanco mate del algodón, pasando al blanco espeso de las franelas, y de éstas al de los terciopelos y los satenes, como una llama ascendente que se iluminaba más cada vez. La luz filtraba bien en los tules ligeros, que eran como la nota extrema y pérdida, mientras la plata de las telas de seda oriental parecía la nota aguda en el fondo de la alcoba gigantesca.

Los almacenes hervían de gente que asaltaba los ascensores, se amontonaba en el *buffet* é invadía el salón de lectura entre aquellos espacios nevados. La multitud parecía negra, como los patinadores de un lago de Polonia en Diciembre. En la planta baja agitábase una masa sombría, en que sólo se distinguían los rostros animados de las mujeres. En las crujiás, sobre las escaleras y las pasaderas, parecían figurillas negras subiendo picachos nevados. Sorprendía sentir calor. El ruido de las voces parecía el murmullo de un río. Los dorados del techo eran como los rayos de sol que caían sobre aquellos Alpes de la exposición de lencería.

—Vamos adelante—dijo la de Boves;—no podemos permanecer aquí.

Desde que entraron, no quitaba ojo el inspector Jouve á la de Boves. Ella se volvió y sus miradas se cruzaron. La de Boves se puso en marcha y el inspector la siguió sin parecer ocuparse de ella.

—¡Toma!—dijo la de Guibal deteniéndose ante la primera caja, á pesar de los empujones;—¡buena idea la de las violetas!

Hablaba de una nueva idea de Mouret, que había metido ruido en los periódicos. Se habían comprado en Niza millares de ramiets de violetas, y se regalaban á todo el que hacía la menor compra. Cerca de cada caja había un servidor con librea, que las entregaba, bajo la vigilancia de un inspector. Poco á poco se halló la multitud cubierta de florecillas, despidiendo todas las mujeres penetrante perfume.

—Sí—añadió la de Desforges con acento celoso—es buena la idea...



Cuando iban á alejarse, oyeron bromear á dos dependientes sobre lo de las violetas. Uno de ellos, alto y flaco, se admiraba. ¿Conque era cierta la boda del principal con la primera de las confecciones?.. Miétras el otro, bajito y grueso, respondía que nada se sabía, pero que las flores ya estaban compradas.

—¡Cómo!—dijo la de Boves;—¿se casa Mouret?

—Es la primera noticia que tengo—contestó Enriqueta afectando indiferencia;—pero todos concluyen por ahí.

La Condesa miró fijamente á su nueva amiga. Las dos comprendieron por qué habia venido la de Desforges, á pesar de la ruptura. Cedía, sin duda, á la necesidad de ver y sufrir.

—Me quedo con vos—murmuró la de Guibal, cuya curiosidad se habia despertado.—Ya encontraremos á Mme. de Boves en el salon de lectura.

—Corriente—dijo ésta.—Tengo que hacer en el primer piso... ¿Vamos, Blanca?

Subió con su hija, miétras Jouve, siempre detras, tomaba otra escalera para no infundirla sospechas. Las otras dos se perdieron entre la multitud.

En todos los mostradores se hablaba de los amores del principal. La aventura que hacía un mes ocupaba á los dependientes, admirados de la resistencia de Dionisia, hacia crisis. Se supo la víspera que la jóven, á pesar de los ruegos de Mouret, iba á marcharse pretextando necesidad de descanso. Las opiniones eran diversas: ¿se iría ó no? Habia quien apostaba por la marcha para el domingo próximo. Los más maliciosos apostaban un almuerzo por el matrimonio, y los que creían en la marcha, no arriesgaban su dinero sin buenas razones. Dionisia tenía la fuerza de la mujer adorada que se resiste; pero también el principal era fuerte por su riqueza, por su feliz viudez y por su orgullo, que podía exasperarse ante una exigencia final. Unos y otros convenían en que la jóven se habia portado como mujer sagaz, y que jugaba su última carta: «ó te casas conmigo ó me voy».

Dionisia se ocupaba poco de esto. No habia tenido nunca una exigencia, ni hecho un cálculo. Lo que la decidía á irse, era precisamente el juicio que se formaba de su conducta. ¿Lo habia querido ella? ¿Era, como decían, astuta, coqueta y ambiciosa? Habia vencido, y era la primera en admirarse de que la quisieran así. ¡Y aún decían que era una habilidad su marcha! ¡Y ella lo creía natural! Se encontraba mal y sobreexcitada entre los chis-

mes de la casa, las ardientes obsesiones de Mouret y los combates consigo misma. Prefería irse, temiendo ceder un día, y sentirlo toda la vida. Si esto era táctica, lo ignoraba, y se preguntaba cómo habia de conducirse para que no pareciese que buscaba marido. La idea del matrimonio la irritaba, y estaba decidida á negarse resueltamente, en el caso de que él llevase su locura hasta este punto. Sola ella debía sufrir. La idea de una separación la acongojaba, pero con su gran valor se repetía que era preciso para su tranquilidad.

Cuando Mouret recibió su dimisión, se quedó frío é hizo un esfuerzo para contenerse. Luégo la dijo que la daba ocho días para que meditase semejante tontería. Al cabo de este tiempo, y cuando Dionisia se afirmó en querer irse despues de hecha la exposición de lencería, afectó él hablarla en interés suyo: jugaba su suerte y no encontraría en ninguna parte la posición que ocupaba en su casa. ¿Tenía otra colocación? Él la daría cuantas ventajas la ofreciesen en otra parte. La jóven respondió que no tenía otra colocación, y que pensaba pasar un mes de descanso en Vallagnosc con las economías hechas. Mouret la preguntó si habia algo que la impidiese volver á *La Dicha* al fin de aquel mes. Ella se calló, sufriendo con aquel interrogatorio. Mouret creyó entónces que Dionisia iba á unirse á un amante ó á un marido. ¿No le habia confesado ella una vez que amaba á uno? Desde entónces llevaba él aquella confidencia clavada en el corazón como un puñal. Si, aquel hombre debía casarse con ella, y por eso lo abandonaba todo: estaba explicada su obstinación. Se acabó... Añadió friamente que no la retenía más, puesto que no quería confesarle las verdaderas razones de su marcha... Esta escena fría, la conmovió más que la violenta que ella esperaba.

La semana que pasó ántes de irse, conservó Mouret su rígida palidez. Afectaba no verla al atravesar las secciones: nunca pareció más abstraído en el trabajo, y los más valientes eran los únicos que apostaban el almuerzo por la boda. Bajo aquella frialdad desacostumbrada en él, ocultaba Mouret terrible sufrimiento. La sangre le golpeaba el cerebro: todo lo veía rojo, y soñaba con encerrar á Dionisia á pesar suyo. Luégo quería ser razonable, y buscaba medios que la impidieran irse; pero se detenía, rabioso ante su impotencia. Una idea surgía entre aquellos proyectos imposibles, y se imponía á pesar de sus rebeliones. Despues de la muerte de la señora Hedouin, juró no volver á casarse, pen-



sando que empezando su fortuna en una mujer, debía aumentarla á costa de las demas. Para él y Bourdoncle era esto como una supersticion: el director de un almacén de novedades debía ser soltero, si queria conservar su autoridad sobre su pueblo de parroquianas: una mujer espantaría á las demas. Mouret resistía á la invencible lógica de los hechos, y prefería morir á ceder, presa de extrañas cóleras contra Dionisia, sintiendo que de ella era la revancha, y temiendo caer vencido sobre sus millones, roto como una paja por el eterno femenino el día que se casára. Despues se acobardaba y discutía sus repugnancias. ¿Por qué temblar? Era ella tan dulce y razonable que podía abandonarse sin temor. Veinte veces cada hora se renovaba este combate; su orgullo irritaba la herida y perdía la razon que le quedaba al pensar que no obstante hacer él la última concesion, podía ella negarse porque amaba á otro. El día de la exposicion no habia decidido nada aún, y Dionisia se iba al siguiente.

Cuando entró Bourdoncle en su despacho á las tres, segun costumbre, le sorprendió de codos sobre la mesa, con la frente apoyada en las manos, y tan abstraído, que tuvo que tocarle en el hombro. Mouret levantó el rostro mojado en llanto: los dos se miraron, se tendieron las manos y hubo una escena muda entre aquellos hombres que tantas batallas comerciales habian librado juntos.

Hacia un mes que la actitud de Bourdoncle habia variado completamente; se plegaba ante Dionisia, y hasta incitaba al principal hácia el matrimonio. Maniobraba así para no ser arrollado por una fuerza que ya consideraba superior. En el fondo, latía el antiguo sueño de devorar á su vez á Mouret, ante quien tantas veces habia cedido. Esto era regla en la casa, y la lucha por la existencia caldeaba la venta en derredor de todos. Era arrastrado por el engranaje de la máquina, y presa de la voracidad que empujaba á los flacos en pos de la conquista de los gordos. Sólo la religion ó supersticion de la buena suerte de Mouret le habia impedido clarearse y obrar. El principal hacía tonterías y se enredaba en una boda estúpida cambiando su suerte. ¿Para qué impedirlo? Él recogería la sucesion del caído en brazos de una mujer. Apretó fuertemente las manos de su jefe, y dijo:

—Vamos, valor; ¡qué diablo! Casaos con ella de una vez...

Mouret estaba avergonzado de su momento de debilidad, y se levantó protestando:

—No, sería una estupidez... Vamos á dar nuestra vuelta á los almacenes; esto marcha, ¿verdad? El día será magnífico...

Salieron y empezaron su inspeccion vespertina entre la multitud. Bourdoncle le miraba de reojo, inquieto por aquella nueva energía y observando en él el menor sintoma de dolor.

La venta parecía sacudir el edificio como la máquina de un buque lanzado á todo vapor. En la seccion de Dionisia habia multitud de mamás paseando á sus niños y probándoles vestidos. La seccion habia sacado todos sus artículos en blanco, y sobraba tela para vestir un ejército de bebés; paletós de paño blanco, vestidos de piqué de cachemira, trajecitos de marinero y hasta de zuavo. En el centro estaban los trajes para primera comunión: el velo y vestido de muselina blanca, los zapatos de satén blanco; toda una eflorescencia de candor y de pureza. La señora Bourdelais con sus tres niños, Magdalena, Edmundo y Luciano, se enfadaba con éste porque se resistía á que Dionisia la pusiese una chaquetilla de muselina de lana.

—¡Estáte quieto! ¿No os parece un poco estrecho, señorita?

Y con su mirada de mujer práctica, miraba y remiraba la prenda.

—No, está bien —añadió.— Es obra de romanos vestir á esta gentecilla... Ahora necesitare un abrigo para ésta.

Dionisia tuvo que ponerse á despachar en vista de las prisas. Estaba buscando el abrigo, cuando dió un ligero grito de sorpresa.

— ¡Cómo, tú! ¿Qué hay?

Su hermano Juan, con un paquete en el brazo, estaba delante de ella. Se habia casado hacía ocho días, y su mujer, una morenita encantadora, habia hecho una visita á *La Dicha* para hacer compras. La recién casada debia acompañar á Dionisia á Valognes; viajes de novios y mes de vacaciones entre antiguos recuerdos.

—Figúrate —dijo Juan— que Teresa ha olvidado una porcion de cosas. Hay que cambiar unas y tomar otras, y como tiene prisa, me ha mandado con este paquete... Yo te explicaré...

Dionisia le interrumpió al ver á Pepé.

—¿Pepé tambien? ¿Y el colegio?

—Verás —dijo Juan.— Ayer domingo, despues de comer, no tuve valor para llevarle... Irá esta noche... El pobre está muy triste porque se queda aquí mientras nosotros nos paseamos allá abajo...



Á pesar de su disgusto se sonrió Dionisia. Encomendó á la señora Bourdelais á una de sus oficiales, y se fué con ellos á un rincón. Los pequeños (así les llamaba ella aún) eran ya unos buenos mozos. Pepé tenía doce años, era más alto y grueso que ella, y siempre simpático con su traje de colegial, mientras Juan, grueso y fornido, conservaba su belleza mujeril con sus rubios cabellos peinados de un modo artístico. Ella seguía siendo mezquina, poco más gruesa que una cogujada, y tratándoles como si fuesen niños de quienes hay que cuidar, abotonando el gaban á Juan para que no pareciese un azota-calles, y cerciorándose de que Pepé llevaba pañuelo limpio. Aquel día, cuando vió los hinchados ojos de éste, le sermoneó suavemente.

— Has de ser juicioso; no pueden interrumpirse los estudios. Ya te llevaré por vacaciones. ¿Quieres algo? ¿dinero, eh?

Luégo se dirigió al otro:

— Tú eres quien le engrías haciéndole creer que nos vamos á divertir... Á ver si tienes más juicio...

Había dado al mayor cuatro mil francos, mitad de sus ahorros para que pusiese casa. El pequeño le costaba mucho en el colegio, y todo su dinero se iba en ellos como ántes. Sólo por ellos trabajaba y vivía, y se juró á sí misma no casarse jamás.

— Pues bien — dijo Juan. — En este paquete está el paletó que Teresa...

Se detuvo; Dionisia se volvió para ver qué le hacía callar, y apercibió á Mouret. Hacía un instante que la miraba hacer su papel de madre, gruñendo y abrazando á sus hermanos y manejándolos como niños. Bourdoncle se había apartado, pero sin perder de vista lo que sucedía:

— ¿Son vuestros hermanos? — preguntó á poco Mouret.

Conservaba la actitud rígida, y Dionisia hizo un esfuerzo para aparecer indiferente. Borróse su sonrisa y contestó:

— Sí, señor... He casado al mayor, y su mujer me le envía para unas compras.

Mouret seguía mirándoles, y dijo al fin:

— El pequeño ha crecido mucho. Me acuerdo haberle visto con vos una tarde en las Tullerías.

Su voz tembló ligeramente. Dionisia, sofocada, se bajó con pretexto de arreglar el cinturón de Pepé. Los dos hermanos sonreían al principal.

— Se os parecen — dijo éste.

— ¡Oh, no! Son más guapos que yo.

Mouret pareció comparar los rostros. Estaba á punto de desfallecer. ¡Cómo la quería! Dió unos pasos y luégo volvió y les dijo al oído:

— Subid á mi despacho despues de la venta. Quiero hablaros ántes de que os vayais.

Esta vez se alejó siguiéndole su inspección. Comenzaba á luchar otra vez: aquella cita le irritaba. ¿Por qué había cedido al verla con sus hermanos? Era un loco, puesto que carecía de voluntad... En fin, serviría para despedirse de ella. Bourdoncle parecía ménos inquieto, observando á ojeadas á su principal.

Dionisia volvió junto á la de Bourdelais.

— ¿Está bien el abrigo?

— Sí, muy bien... Por hoy ya basta... ¡Estas criaturas son un censo!

Libre ya, oyó Dionisia las explicaciones de Juan y luégo le acompañó á los mostradores para que no se extraviase. Teresa quería cambiar el paletó marrón por otro blanco de igual coste. La jóven volvió luégo al departamento de confecciones con sus hermanos.

La seccion había expuesto su surtido de trajes de verano y lanas de fantasía; pero los compradores no abundaban. Casi todas las oficiales eran nuevas. Clara se había ido hacía un mes con un parroquiano, segun unos, y segun otros, caída al barro. Margarita iba por fin á dirigir el almacén de Grenoble, donde la esperaba su primo. Sólo quedaria la señora Aurelia, inmutable bajo su coraza de seda negra, con su rostro imperial, que tomaba el color del mármol viejo. La mala conducta de su hijo Alberto la sublevaba, y ya se hubiera retirado sin las brechas que aquel vago hacía en las economías de la familia: sus terribles dientes amenazaban llevarse, trozo á trozo, hasta la propiedad de Rigolles. Era como la revancha del hogar abandonado; la madre volvía á sus acomodamientos de faldas, y el padre seguía tocando la trompa. Bourdoncle miraba ya con despego á Aurelia, sorprendido de que no se hubiese ido ya. ¡Era vieja para la venta! Pronto sonaría esta frase llevándose la dinastía de los Lhomme.

— ¿Sois vos? — dijo á Dionisia con exagerada amabilidad. — ¿Queréis que os cambien este abrigo? ¡En seguida! ¡Ah! vuestros hermanos... ¡ya son unos hombres!

Á pesar de su orgullo, se hubiera puesto de rodillas. En las



confecciones como en todas partes, sólo se hablaba de la marcha de Dionisia, y la primera de la seccion se encontraba mal, porque contaba con la proteccion de su antigua oficiala. Bajó la voz y la dijo:

—Dicen que nos dejáis... ¿es posible?

—Si—contestó la jóven.

Margarita escuchaba. Desde que habia fijado su boda parecia más ágría aún su cara de leche cortada. Se acercó y dijo:

—Teneis razon. La estimacion propia ántes que nada...

Llegaban parroquianas y la señora Aurelia la dijo con dulzura que se cuidase de la venta. Luégo, y al ver que Dionisia tomaba el abrigo para poner por sí misma el *devuelto*, llamó á una auxiliar. Esto fué tambien idea de la jóven: poner mujeres que llevasen los paquetes, para descargar de trabajo á las oficialas.

—Acompañad á la señorita—dijo Aurelia dándole el abrigo.

Y volviéndose á Dionisia:

—Reflexionad, os lo ruego... Estamos tristes por vuestra marcha.

Juan y Pepé, que esperaban sonrientes entre tantas mujeres, siguieron á su hermana. Habia que ir á los *trousseaux* para tomar seis camisas parecidas á otras tomadas por Teresa el día ántes. Pero era difícil avanzar en los mostradores de lencería.

En la seccion de corsés se arremolinó un poco la gente. Era el caso que Mme. Boutarel, que habia llegado del Mediodía con su marido y su hija, recorría las galerías desde por la mañana en busca de un *trousseau* para ésta, que iba á casarse. Se consultaba al padre y aquello no acababa nunca. La familia llegó al fin á la lencería, y mientras la niña se extasiaba ante unos pantalones, desapareció la madre tras el capricho de un corsé. Boutarel, hombre sanguíneo, dejó á su hija y se dió á buscar á su mujer, á la que halló al fin en un salon de prueba, en el que le invitaron á sentarse. En estos salones habia estrechas celdas cerradas por vidrios raspados y no podían entrar en ellas ni aún los maridos, por un exceso de moralidad de la Direccion. Las oficialas entraban y salían vivamente, dejando entrever siluetas de mujeres en camisa ó con enaguas, con la garganta y los brazos al aire, unas gruesas y con las carnes rebosantes, flacas otras, con el *cútilis* amarfilado. Una fila de hombres esperaban sentados y aburridos. Cuando Boutarel comprendió se enfadó de véras, diciendo que queria su mujer, que ya sabia qué era aquello, y que no la dejaría

desnudarse sin él. En vano se trató de calmarle. Él sostenia que allí dentro pasaban cosas inconvenientes, y la señora Boutarel tuvo que salir, mientras todas reían y comentaban.

Dionisia pudo al fin pasar con sus hermanos. Todo lo que la mujer gasta en blanco y no se ve, estaba distribuido en varias secciones. Los corsés sencillos en un sitio, los complicados en otro. Un ejército de maniqués sin piernas ni cabeza, no enseñando más que torsos y gargantas de muñeca de una lubricidad perturbadora, se alineaban en filas. Luégo venía el *deshabillé* galante que llenaba las vastas piezas, como si allí se hubiese desnudado un ejército de muchachas alegres y bonitas, dejando hasta su satinado *cútilis*. Aquí los artículos de lencería fina, los puños y chambras, los *fichús* y cuellos. Allí las camisolas, los jubones, los peinadores, los trajes blancos de mañana, que parecían adivinar la laxitud que sigue á una noche de ternura. Luégo venían los bajos, enaguas de todos tamaños, cortas, largas, una inundacion de enaguas. Despues los pantalones de percal, hilo y piqué, holgados para un hombre. Por fin, las camisas abotonadas hasta el cuello por la noche y sueltas de día, con hombreras de tela de Irlanda ó encaje, último velo blanco, que caía desde los hombros al suelo por las caderas. Era la exposicion indiscreta de la mujer, desde la aldeana á la princesa, alcoba pública cuyo lujo oculto era como una sensual depravacion á medida que se iba viendo. La ola blanca seguía con el misterio de las faldas, de las camisas hechas por mano de costurera, percales y batistas muertas sobre los mostradores, apiladas, reanimándose sólo con la carne, al calor del amor, blancura sagrada y cuyo menor vuelo, dejando ver el rosado de la rodilla, aturde y excita. Había una sala con equipos de recién nacidos, en que el blanco voluntuoso de la mujer se convertía en el blanco del niño, como el gozo de la enamorada que se despierta madre: capas de piqué, camisillas de franela, gorritas, faldas de bautizar, la almohadita del chiquitín, parecida á una lluvia de pluma blanca.

—Éstas son camisas de dormir—dijo Juan, que se encontraba allí muy á gusto.

En cuanto vió en los *trousseaux* á Dionisia, corrió Paulina á ella, y ántes de saber qué queria, la habló en voz baja participándole los rumores que corrían. En la seccion negaban unas y afirmaban otras lo de su marcha.

—Os quedais, ¿verdad? Apuesto la cabeza... ¿Qué sería de mí?